

---

## 5. La presencia africana en Yucatán durante los primeros dos siglos de la Colonia: llegada, asimilación y muerte de una población negroide en la Ciudad de Campeche

Vera Tiesler Blos  
Pilar Zabala Aguirre

**E**s sólo recientemente que se ha renovado el interés por el legado africano en la población y cultura peninsular de Yucatán (Negroe, 1991; Fernández y Negroe, 1995; Redondo, 1995; Restall 2000a, 2000b, 2001, 2005; Tiesler y Zabala, 2001; Zabala, *et al.*, 2004; Price, *et al.*, 2005, 2006a; Tiesler, *et al.*, 2007). Sorprende el olvido de esta importante tercera raíz yucateca, especialmente al considerar el rol primordial que los africanos han desempeñado en esta región, al igual que en toda el área circuncaribeña, desde su llegada a finales del siglo XV, junto a los conquistadores y como mano de obra esclava, indispensables para forjar la sociedad colonial y moderna. En el caso concreto de la villa de Campeche la omisión sorprende aún más por la importancia de su herencia afro-yucateca. Los registros de finales de la época colonial asientan que más de una tercera parte de la población municipal de Campeche era clasificada oficialmente de ascendencia africana (Restall, 2005). Aún hoy en día la descendencia africana se conserva en la fisonomía de la población urbana.

El rescate arqueológico que se llevó a cabo hace algunos años durante la reconstrucción del antiguo Palacio del Cabildo en Campeche ha resultado ser clave en el intento por rastrear las primeras generaciones de afro-campechanos. En esta ocasión se hallaron una serie de osamentas negroides que compartieron el espacio sepulcral en torno a su primitiva iglesia. Dichos restos forman parte de unos 150 entierros registrados en el transcurso de las excavaciones dentro y fuera del recinto, cuyo rescate se realizó entre enero y junio de 2000.<sup>1</sup> Este estudio forma parte de la investigación iniciada desde aquellas fechas (Coronel, *et al.*, 2001; Tiesler y Zabala, 2001; Tiesler y Zabala, 2007) y, en este caso, nos centraremos en los resultados que muestran la presencia africana en el cementerio colonial.

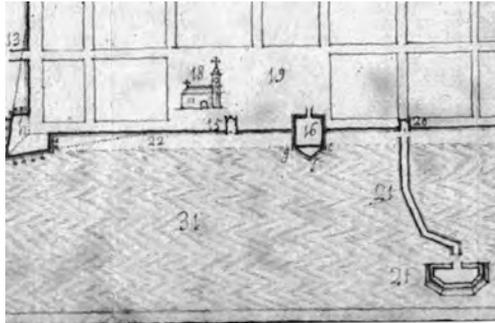


Figura 5.1: Plano de la Plaza de Armas de Campeche durante el siglo XVII (retomado de Antochiw 1994, fig. 5, p.229).

Originalmente, los restos se habían depositado en el interior y en el atrio de una capilla que aparece representada en las fuentes documentales de los siglos XVI y XVII (véase las figuras 5.1 y 5.2). Al igual que las otras filiaciones (caucásico, amerindio y mestizo) fueron identificados en la serie varios individuos de procedencia africana mediante la distribución de rasgos morfológicos dentales no-mé-

<sup>1</sup> Fue coordinado por la autora y contaba con el apoyo de personal del Centro INAH Campeche, además de pasantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia/INAH y estudiantes de la Facultad de Antropología/UADY. Los trabajos de conservación, restauración, foto-interpretación y el estudio tafo-osteológico-dental se realizaron en las instalaciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Centro INAH Campeche) y en el Taller de Bioarqueología de la Facultad de Ciencias Antropológicas/UADY.

tricos, denominados en la literatura “epigenéticos” (Scott y Turner, 1997). La información dental identifica 24 casos de ascendencia africana o probablemente africana (véase Cucina y Rodríguez en este volumen). En este trabajo rastreamos su distribución funeraria y referimos información sobre las modalidades de enterramiento, atributos visibles de identidad (decoraciones dentales) y origen geográfico. El lugar de procedencia fue inferido tras una serie de estudios isotópicos de estroncio, que permitieron distinguir africanos de primera generación, tres de ellos venidos probablemente del oeste de África, y otros que, presumiblemente, habían nacido en Campeche; estudios que aportaron valiosa información sobre el lugar de nacimiento y patrones migratorios (Price *et al.*, 2006a, 2006b).

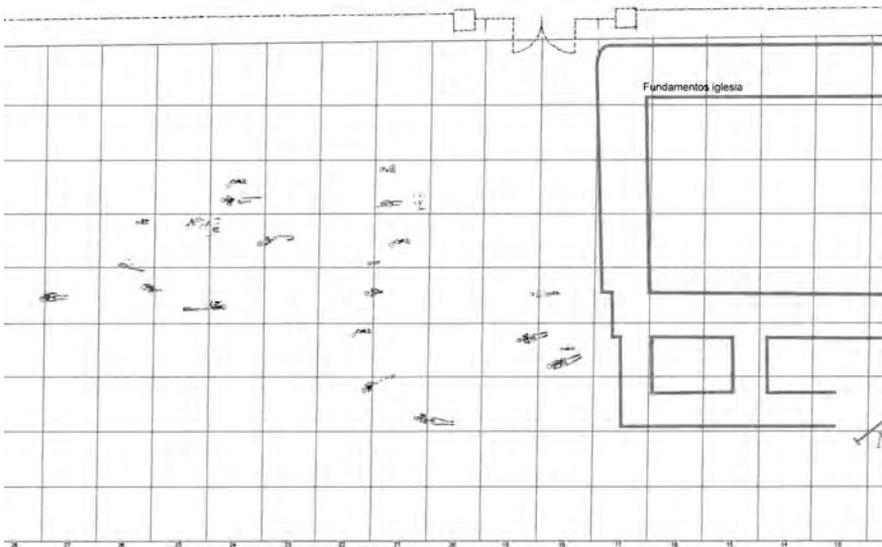


Figura 5.2: Mapa con ubicación de osamentas determinadas como filiación africana.

El conocimiento de la presencia africana en Yucatán durante los dos primeros siglos de la Colonia a través de documentos históricos se hace difícil, ya que apenas existen fuentes escritas que tengan en cuenta a esta parte de la población. Puede conocerse de forma general su llegada

a través de la denominada *trata*, esto es, del comercio de esclavos desde el continente Africano al Americano. En el Archivo General de Indias (AGI), Fondo Contaduría, se encuentra la documentación sobre los asientos realizados por los monarcas hispánicos y diferentes asentistas. En estas fuentes podemos rastrear el número de esclavos, su procedencia, puertos de salida y de arribada, y algunos aspectos concernientes a las características exigidas en el tráfico. También en el mismo archivo, fondo México, es posible cuantificar las licencias concedidas a particulares que llegaban a Yucatán a los que se les permitía traer de uno a cuatro esclavos para su servicio particular. Del mismo modo hemos podido conocer la presencia de esclavos que acompañaban a los conquistadores o la petición que hace el Adelantado Montejo de esclavos negros al rey, en la década de los 30 del siglo XVI, para ayuda a la conquista de esta región (Zabala, 2007).

No obstante, a la hora de poder conocer la inserción de los africanos llegados a la Provincia de Yucatán la escasez de fuentes es la norma general; al menos para los siglos XVI y XVII, son pocos los documentos que hablan sobre la presencia africana en Yucatán. Esta investigación se hace más factible para el siglo XVIII, ya que se conservan fondos, como los protocolos notariales y registros parroquiales, de forma más sistemática; los registros parroquiales de la iglesia parroquial de Campeche más antiguos que subsisten, algunos en muy mal estado, corresponden al último tercio del siglo XVII.

De forma que, intentamos enriquecer, contrastar y complementar la escasa información histórica existente sobre los africanos durante la colonia temprana con aquella derivada de las excavaciones en el Parque Central de Campeche. Partimos del supuesto de que el lugar en que se hallaron los restos negroides y la forma en que habían sido inhumados permitirían conocer las prácticas funerarias de la época y las costumbres que los españoles impusieron tras la Conquista. Por otra parte, el mismo hecho de que la serie de difuntos de ascendencia africana estaba enterrada en el cementerio de la Plaza Principal de Campeche permite inferir que en vida habían estado al servicio de los españoles en cualquier modalidad que requería su economía colonial urbana.

## 5.1 Disposición y arreglos funerarios

Los 24 individuos con rasgos dentales negroides se encontraron en 20 sepulturas frente al pórtico de la primitiva iglesia, tal como la gran mayoría de los esqueletos restantes que se recuperaron durante las excavaciones. Al no poderse especificar concentraciones de osamentas según las pertenencias étnicas en el camposanto, inferimos que el espacio no estaba dividido en secciones reservadas para cada población y que los difuntos negros habrían ocupado las parcelas independientemente a su condición de esclavo o de color (véase figura 5.2). Sabemos que incluso las áreas privilegiadas debajo del piso de la capilla incluían difuntos de extracción africana, como dejan entrever los sondeos de pozo intramuros, entre cuyos materiales fueron recuperados dientes labrados al modo de las antiguas tradiciones africanas. Únicamente al tomar en consideración la procedencia de los individuos que nos ocupan emerge un patrón distintivo de los enterramientos de africanos locales y foráneos (véase tabla 5.1, véase también Price *et al.*, 2006a). Los difuntos africanos de primera generación aparecen en las partes más alejadas del cementerio, en tanto que los afro-yucatecos locales se inhumaban en lugares más cercanos a la iglesia. Si bien no podemos dar una explicación contundente a este fenómeno, caben dos posibilidades: primero, que los difuntos foráneos fueron sepultados más tarde, después de haberse ocupado las áreas más cercanas a la capilla, esto es, en los últimos años del funcionamiento del camposanto y, en segundo lugar, que las diferencias de ubicación, foráneos/alejados y locales/cercanos a la iglesia, hayan respondido a factores económicos o sociales, un aspecto a profundizar más adelante.

¿Cuáles fueron las modalidades de deposición de los difuntos que presumimos eran negros? Los resultados del rescate indican que se enterraban con los mismos arreglos que el resto de la población. Al igual que los otros muertos, fueron emplazados directamente en el subsuelo de la Plaza, para lo cual se excavaban pozos de dimensiones ajustadas y de relativamente poca profundidad considerando el nivel

Ent.	Capa	Prof.	Orientación	Posición	Modo de inhumación	Tipo de contexto	Objetos directamente asociados	Modificación de la dentadura	Sexo/ edad
5-3	III	1.1	NE-SW	DDE	Directo	Mult. Prim. (4)			M/ADO
9-2	III	1.42	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			M/ADO
18-2	III	1.29	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			M/SADO
19-1	II'				Directo	Sec.		Cincelado	ADO
19-2					Directo	Sec.			ADO
22	II	1.03	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			F/ADO
29	IV	1.38	S-N	DDE	Directo	Ind. Prim.			F/SADO
31	IV	1.3	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			F/ADO
33	IV	1.26	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			M/ADO
41	II'	1.01	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.		Cincelado	M/ADO
44	II'	1.03	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			ADOL
49-1	II'	1.19	SW-NE	DDE (irr.)	Directo	Ind. Prim.	Semilla (pelvis), cuentas de collar		ADO
49-2		1.19			Directo	Asociado			ADO
50	III	1.21	S-N	DDE	Directo	Ind. Prim.		Abrasión (no intencional)	ADO
52	III	1.21	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			M/ADO
60	III	1.32	SW-NE		Directo	Ind. Prim.			ADO
73	III	.79	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			F/ADO
85-1	III	1.15	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			ADOL
85-2		1.15			Directo	Asociado			M/ADO
95	III	1.19	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			M/ADO
102	II'	1.14	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.		Cincelado y limado	F/SADO
123	III	1.32	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.			
124-1	III	1.23	SW-NE	DDE	Directo	Ind. Prim.	Medallón de cobre, cuentas de collar	Cincelado y limado	ADOL
124-2		1.23			Directo	Asociado			ADO

M=masculino, F=femenino, ADO=adulto (>20a), SADO= adulto joven (15-20a), ADOL=adolescente (10-15a)

Tabla 5.1: Relación de los enterramientos de africanos locales y foráneos.

actual de la plaza (Coronel *et al.*, 2001; véase también Medina 2003; Tiesler *et al.*, 2007). Las pozas estaban alineadas según el eje trazado por la capilla, la línea costera y la trama general del centro colonial temprano. Ahí, los finados descansaban acorde a las tradiciones imperantes durante la colonia, es decir, acostados sobre la espalda (véase tabla 5.1). La posición de los miembros superiores era variable; algunos africanos guardaban sus brazos a los lados, en tanto que otros mantenían sus manos cerradas sobre el abdomen o el pecho. Un patrón homogéneo se observa en cuanto a la orientación de los difuntos, cuya cabeza estaba colocada al sudoeste con los pies orientados al noreste y hacia la iglesia, siguiendo el ritual importado de la Península Ibérica (Zabala, 2001:201; véase también Koch, 1983:224-226; Handler y Corruccini, 1983; Larsen, 1990; Jacobi, 2000 y Márquez, *et al.*, 2002). La sola excepción a esta regla es el Individuo 3 de la Sepultura Múltiple 5. Este entierro, siendo como los otros un pozo sencillo aunque de mayores dimensiones, recibió al mismo tiempo los cuerpos de al menos cuatro difuntos, de los cuales dos fueron enterrados con la cabeza al sudoeste y los otros dos encajados con la cabeza al noreste. Pensamos por tanto que la orientación del Individuo 5-3 respondió, más que a factores ideológicos, a cuestiones de espacio en un momento de emergencia o precariedad que hubiera podido acompañar el deceso y el posterior entierro simultáneo de las cuatro personas, quizá durante un brote epidémico o tras un ataque de piratas (véase figura 5.3). Interesa notar al respecto que este entierro no sólo contenía difuntos de ascendencia negra sino que figuraban también dos individuos (Entierro 5-2, 5-4) con atributos dentales caucasoides (europeos), aspecto que, nuevamente, argumenta en contra de una separación del espacio según las etnias.

Parece ser que no fueron empleado ataúdes en la inhumación de los africanos, una observación extensiva a todos los entierros (véase tabla 5.1). Esta afirmación encuentra su justificación en la distribución de los segmentos anatómicos observables, la cual revela una descomposición en espacio relleno; además no se hallaron restos de madera o clavos que pudieran indicar el uso de vehículos rígidos

para tal efecto. En el momento de su deposición, los cadáveres estaban probablemente sólo vestidos o envueltos con mantas, ya que las osamentas mostraban efectos claros de constricción a nivel de los hombros, las rodillas y los tobillos. La práctica de enterrar los cuerpos amortajados más que en ataúdes caracteriza las tradiciones que imperaban durante la colonia temprana en el área caribeña, quizá en línea con las costumbres medievales europeas que enfatizaban la simplicidad y cohesión de los feligreses católicos al tiempo que evitaban las ostentaciones mundanas (Koch, 1983:226). Es sólo posteriormente, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, cuando empiezan a utilizarse los ataúdes para enterrar a los difuntos en las Indias, como muestran las excavaciones en diferentes camposantos circuncaribeños de la Colonia Tardía (véase, por ejemplo, Deagan, 1983, 1995; Handler, 1997; Armstrong y Fleischman, 2003).



Figura 5.3: Entierro múltiple no. 5  
(foto: Proyecto Arqueológico Parque Principal de Campeche, INAH).

Como es de esperar en un cementerio católico, fueron escasos los artefactos hallados en contacto directo con los restos humanos del camposanto y cabe aclarar que, de éstos, ninguno califica propiamente dicho como “ofrenda” en su noción prehispánica. Para nuestro tema central interesa saber que la mayoría de los materiales hallados se asociaban a dos de los individuos de origen africano, es decir, el Entierro 49 y el 124 (véase tabla 1). En tanto que el primero contaba con una serie de cuentas esféricas de un collar con recubrimiento dorado, el segundo presentaba un medallón (véase figura 5.4) y una serie de cuentas pequeñas de ámbar negro (véase figura 5.5; véase también Coronel *et al.*, 2001; Medina, 2003:137). Las cuentas fueron encontradas a nivel de la tercera y cuarta vértebra cervical y la parte proximal del esternón, cercanos al omóplato, por los que es probable que originalmente hubieran formado un collar o rosario que colgaba del cuello del difunto. El medallón de cobre identifica una pieza de devoción ovalada con diseño en ambas caras, un diámetro máximo de 3 cm. y astas que originariamente protruían de los cuatro lados.<sup>2</sup>

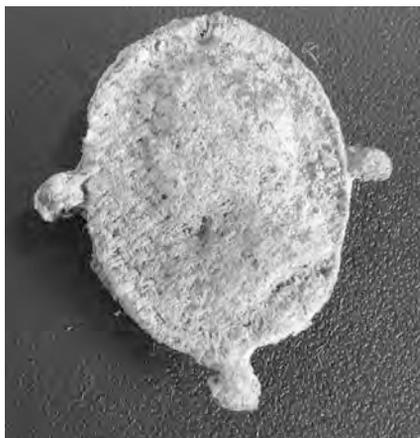


Figura 5.4: Medallón de cobre (Entierro 124; foto: V. Tiesler).

---

<sup>2</sup> Los manguillos, que en la literatura se interpretan como puntos de fijación a marcos u otros elementos de adorno, sólo figuran en contextos circuncaribeños anteriores a 1650 (Deagan, 2002:47).

Una vez enterrados, los restos mortales continuaban siendo objeto de movimientos y perturbaciones. En la medida en que la Plaza Central seguía sirviendo como camposanto fueron introduciéndose en su subsuelo un número creciente de nuevos cadáveres, lo cual, con el tiempo, obligaría a los encargados a invadir una parte de las parcelas ya ocupadas. Observamos que la remoción de los restos, cuyos efectos se hicieron más patentes en la Capa III de nuestra excavación, afectaba indiscriminadamente a todas las etnias (Medina 2003). En el caso de los esqueletos africanos se encontraban incompletos, faltando en algunas ocasiones porciones anatómicas, y en otras se hallaban arrinconados. En algunos casos, se trataba de restos retirados de su espacio inicial y re-depositados encima del difunto al que se estaba enterrando. A estos se suman dos individuos incompletos sin relación alguna, que fueron determinados entre las masas óseas designadas como Entierro Secundario 19.

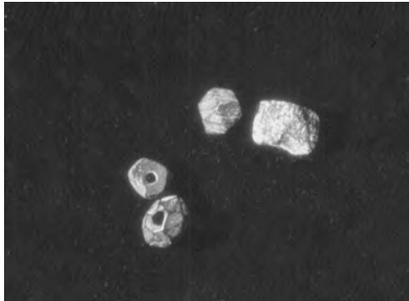


Figura 5.5: Cuentas de ámbar negro (Entierro 124; foto: V. Tiesler).

Consideramos que esta situación se debe al tiempo de ocupación de este limitado suelo santificado en la Plaza Central, el cuál suponemos que perduró desde mediados del siglo XVI hasta las primeras décadas del siglo XVII, máxime si consideramos el notable incremento de la población durante las décadas posteriores a la fundación de la villa de Campeche. Por otra parte, la perturbación del registro mortuario deja entrever una falta de planificación del camposanto. Es preciso mencionar que no se halló ningún tipo de marcador en superficie que identificara su uso como lugar funerario (piedras o cruces), lo que

hace pensar que los espacios no se encontraban delimitados formalmente o que fueron señalados con materiales perecederos, por lo que la mayoría de las parcelas individuales pronto habrían sido olvidadas. Al respecto hay que tener en cuenta que las parcelas mortuorias asignadas a los pobladores no eran propiedad de las familias de los allí enterrados sino que eran adjudicadas por las autoridades eclesiásticas según las necesidades (Koch, 1983:219).

En conjunto, podemos concluir que la información del registro funerario de los individuos identificados como africanos documenta un patrón de extracción católica que no difiere realmente del resto de la población funeraria. No pudimos hallar evidencias tangibles de separación o distinciones relacionadas con la etnicidad y las identidades culturales foráneas de estas primeras generaciones afro-campechanas tras su arribo al Nuevo Mundo. Pensamos que la aparente homogeneidad implica que los africanos o afro-yucatecos estaban bautizados y también subraya la estricta aplicación de la normatividad cristiana en el camposanto de la villa, similar al de otros espacios urbanos de las esferas españolas en el Nuevo Mundo (Deagan, 1983). Al mismo tiempo sorprende que la discriminación de los difuntos negros, en su mayoría esclavos seguramente, no se hiciera más patente a la hora de su sepultura, un aspecto a retomar más adelante.

## 5.2 Identidad y asimilación

Para hablar de la identidad cultural del grupo de los afro-campechanos que nos compete debemos contemplar sus edades y sexo, sus lugares de origen y atributos visibles de pertenencia e identidad, rasgos todos que fueron estudiados en las osamentas. Los resultados subrayan una proporción balanceada entre mujeres y hombres en la serie africana (tanto de primera generación como locales), con edades al morir que se centran alrededor de la tercera década de vida (véase también Cucina y Rodríguez en este volumen). En cuanto

a la proporción entre sexos, como ya dijimos en otro lugar (Zabala 2007), a principios del siglo XVII pudimos reconstruir 17 partidas de compra-venta de esclavos negros en la villa de Campeche y de ellas ocho hacen referencia a individuos masculinos y nueve a femeninos. Este dato estaría indicando una cuestión que, en principio, contradice la norma general de entrada de individuos africanos a las Indias, esto es que la proporción de sujetos masculinos solía ser muy superior al de femeninos. La peculiaridad de esta situación es que en los asientos del tráfico de esclavos contratados por los monarcas hispánicos se especificaba que sólo un tercio de los esclavos debían de ser mujeres. No obstante, si tenemos en cuenta que los africanos enterrados en la Plaza de Campeche probablemente estuvieran destinados al servicio doméstico en las casas de los españoles, podemos asumir que hubiese una mayor demanda y presencia de mano de obra femenina que en otros lugares donde la mano de obra esclava era destinada para servir en diferentes explotaciones agrícolas o en la construcción de caminos y fortificaciones y donde la presencia masculina habría de ser mayoritaria.

En los asientos contratados por la monarquía hispánica solían especificarse, en ocasiones, las edades aproximadas que debían tener los esclavos destinados al tráfico con las Indias. En algunos casos se indicaba que sólo debían ser transportados individuos jóvenes, en otros se requería que su edad oscilase entre los 15 y 18 años, esto es, en edades en las que se consideraba estaban dotados de la mayor fortaleza física para poder hacer frente a los duros trabajos a los que, por lo general, iban destinados (AGI, Contaduría, leg. 261).

Si tenemos en cuenta las duras condiciones de vida a las que estaban sometidos la población africana no ha de extrañar la corta esperanza de vida que hemos podido percibir en los restos analizados, máxime si tenemos en cuenta que el de la población en general por aquellos siglos podía ascender, en los lugares más favorables, a unos 30 años, cifra que incluso supera el rango determinado en la mayoría de las osamentas de ascendencia africana aquí tratadas.

Es común entre los historiadores analizar la presencia de la es-

clavitud africana como sustitutivo a la explotación de los indígenas o para suplir los enormes vacíos de población que había dejado la Conquista, con su correlato de enfermedades que diezmaron la población autóctona, caso de las Antillas. Pero, también, se considera que los africanos poseían mejores condiciones físicas que los indígenas americanos para soportar los más duros trabajos. Sea como fuere, a pesar de una mayor resistencia física de los africanos también a ellos afectaban la multitud de enfermedades de la época para las que apenas existían remedios médicos, viéndose damnificados de forma recurrente por epidemias como viruela o sarampión. Si a ello unimos las duras condiciones de trabajo a las que estaban sujetos podemos concluir que la esperanza de vida no fuera muy favorable para este segmento de la población.

Los resultados obtenidos en la investigación química, basada en proporciones de estroncio en el esmalte de dientes molares (Price *et al.*, 2005, 2006a, 2006b), adicionan valiosa información sobre el lugar de nacimiento de los africanos que fallecieron en Campeche. Demuestran que sólo la mitad de los diez individuos analizados había nacido en Campeche o sus alrededores. Entretanto, la otra mitad mostraban ser claramente foráneos, al parecer, traídos desde lejos de las costas campechanas para eventualmente morir ahí. La misma investigación apunta a que los tres individuos con los valores isotópicos más elevados deben haber procedido directamente de África Occidental y aquellos que marcaron valores intermedios parecen haber nacido fuera de Mesoamérica, pero en un lugar cuya ubicación geográfica aún queda por constatarse.

Los resultados químicos testimonian lo que asienta la documentación colonial acerca de las primeras oleadas de migración africana al Nuevo Mundo. Históricamente, podemos inferir la procedencia de los esclavos a través de los asientos contratados por la Corona donde se especificaba de qué lugares de la costa africana occidental debían proceder los mismos (Zabala, 2007). No obstante, estos datos sólo hacen referencia al comercio legal, pero también es conocida la existencia del contrabando en el tráfico de esclavos y, en

este último caso, no podemos saber a ciencia cierta de qué lugares pudieran proceder los africanos que llegaban a las Indias a través del comercio ilícito. Sin embargo, los resultados obtenidos en los estudios de Price, Burton y Tiesler (Price *et al.*, 2006a) sobre los restos hallados en la Plaza de Campeche concuerdan con los lugares de procedencia mencionados en las fuentes históricas, esto es, la Costa de Oro africana, al sur de Guinea, donde se encontraba Elmina, actual Ghana.

Por último nos detendremos en el aspecto de los atributos visuales de identidad que dejaron su marca en la dentición de cuatro de los africanos en forma de reducciones particulares logradas mediante limados y cincelados. Interesa saber que ninguno de los cinco africanos con valores isotópicos locales mostraban modificaciones culturales en su dentadura, mientras que tres de los africanos determinados como foráneos sí las exhibían, sugiriendo que los individuos con decoración habían nacido en África y esta costumbre está identificada como una tradición autóctona de aquel continente (Price *et al.*, 2006a).



Figura 5.6: Modificación dental en incisivos centrales lograda mediante cincelado (Entierro 41).

Los entierros masculinos 19 y 41 muestran reducciones oblicuas de los incisivos en forma de sierra (véase las figuras 5.6 y 5.7). El adulto femenino del Entierro 102 presenta un artificio dental en

forma de un pico medial y un cuarto caso, Entierro 124, exhibe una reducción oblicua de la corona (véase la figura 5.8). Por las huellas inferimos que las mutilaciones fueron logradas mediante la abrasión y, en dos de los casos, combinada con impactos únicos y seriados, con cincel, para retirar grandes secciones de los dientes.



Figura 5.7: Reconstrucción facial hipotética con las decoraciones dentales documentadas (Entierro 19).



Figura 5.8: Reconstrucción facial hipotética con las decoraciones dentales documentadas (Entierro 102).

La percusión directa o indirecta, guiada por cinceles, y el limado de la dentadura frontal han sido descritos como costumbres procedentes del Continente Africano y se relacionan con grupos africanos introducidos en el Nuevo Mundo como esclavos (véase Dembo e Imbelloni, 1938; Paúl y Fragoso, 1938; Singer, 1953; Ortner, 1966; Stewart y Groome, 1968; Rivero de la Calle, 1974; Handler *et al.*, 1982; Milner y Larsen, 1991; Crespo, 1992; Walker y Hewlett, 2001; Lagunas y Karam, 2003; Haour y Pearson, 2005; Tiesler y Oliva, 2007). Rivero de la Calle (1974), en concreto, describe un patrón de pequeñas cavidades irregulares, similares a las observadas en el presente estudio, en cinco especímenes recuperados de un cementerio en Taory, Cuba. Desgraciadamente no hay estudios que puedan vincular el tipo de las decoraciones con algún grupo étnico particular en el continente africano, tema que queda por indagar. Por lo pronto, el hecho de que ninguna de las piezas dentales de afro-yucatecos locales muestren trazas de modificación, es una señal de la pronta pérdida de la tradición en el Nuevo Mundo y, junto a ella, del significado asociado.

### **5.3 Esclavo urbano-esclavo rural: formas de vivir y morir**

A la hora de tratar de conocer la inserción de la población africana en la sociedad colonial y poder explicar las prácticas funerarias llevadas a cabo en la inhumación de este segmento de la población conviene diferenciar a la población africana dependiendo de su localización en un medio urbano o rural, ya que es muy diferente la existencia y forma de vida de los esclavos dependiendo de las tareas o labores a las que fueron destinados. En este sentido, en principio, las personas de ascendencia africana asentadas en núcleos urbanos parece ser que fueron mejor “tratados” que aquellas cuyos destinos fueron las plantaciones tabaqueras o cafetales y, por supuesto, los individuos que eran enviados a los ingenios azucareros, a la explotación del azúcar. La caña de azúcar fue una planta que siempre maldijo el negro; a causa de su proliferación se aumentaron

sus horas de labor, y a causa de la rapidez de su crecimiento y periodicidad, el negro estuvo pegado al cañaveral y a los trapiches (Redondo, 1995: 355). Campeche no fue la excepción, ya que aún antes de su fundación, la villa de Champotón contaba con un ingenio azucarero lo que puede demostrar el establecimiento temprano de la esclavitud africana en nuestro territorio (véase en AGI, México, leg. 2,999).

También en muchas partes de América, y en diferentes épocas, los oficiales reales en nombre del rey compraron partidas de negros para emplearlos en trabajos públicos de importancia: construcción o reparación de fortificaciones y de caminos, trabajos duros en las maestranzas, como cargueros en lugares de difícil circulación (Mallafé, 1973:98). Y no hay que olvidar que otra de las explotaciones que requirió la utilización de mano de obra esclava fueron las tintóreas, principalmente, el llamado palo de Campeche (Andrade Torres, 1995:438). Por tanto, todo parece indicar que la esclavitud en los campos era más aflictiva que en las poblaciones, en los ingenios de azúcar, en los cafetales, en las vegas de tabaco se exigían a los esclavos una labor superior a sus energías y se les mantenía en una situación inferior a la que reclamaban sus escasas necesidades (Ortiz, 1996:114).

Está claro que la explotación de los esclavos en cualquiera de las labores mencionadas hubo de ser más dura que en otros oficios en los que se pudieron integrar en los centros urbanos. Así, la esclavitud urbana se puede afirmar que es benigna cuando se la compara con la dura índole de la servidumbre que sufren los esclavos destinados a la actividad industrial. Esta valoración del carácter de la esclavitud urbana es buena tanto para los negros que desempeñan labor doméstica en la cocina, la alcoba, la cuadra y otras dependencias de la casa y solar, cuanto para los esclavos a jornal que a diario salen a la plaza del mercado en busca de un empleo eventual, o alquiler de su esfuerzo de trabajo que les permita ganarse unos reales con que acudir a la renta que les exige el amo (Aguirre Beltrán, 1994:57; véase también Mondragón, 1999). Y no olvidemos, por último, la existencia de otros esclavos negros que fueron comprados con intención suntuaria, para servir simplemente de acompañantes o como porteros de casas particulares en villas y ciudades.

De la misma forma, el tratamiento seguido tanto en el momento de la defunción como del posterior enterramiento de la población africana también parece variar significativamente dependiendo de su ubicación espacial. En el caso de los núcleos urbanos, tanto las Constituciones Sinodales como los registros parroquiales muestran que, en principio, no existían diferencias significativas en las formas de llevar a cabo las inhumaciones, al menos en lo que se refiere a discriminación social o étnica; tanto dentro de los recintos religiosos o en sus cementerios adyacentes podían ser enterrados individuos de todas las etnias. Aunque como ya comentamos en otro lugar (Zabala *et al.*, 2004:169), si existía una discriminación de tipo económico que afectaba no solamente a la población africana sino al conjunto de la sociedad, si tenemos en cuenta los aranceles o limosnas que debían de abonarse a la Iglesia dependiendo del lugar de enterramiento y de la mayor o menor pompa y boato de los rituales funerarios.

No obstante, la situación en otras zonas fuera de los núcleos urbanos, en el ámbito rural, se muestra muy diferente. Como señala Fernando Ortiz, las diferencias en vida parecen haber continuado también a la hora de la muerte. En concreto, el autor refiere la forma de enterramiento de los esclavos en un ingenio azucarero en la isla de Cuba, donde

*(...) el negro moría y atravesado sobre un caballo era conducido al cementerio de la hacienda (...) era envuelto en una frazada y conducido por dos negros que abrían la puerta (del cementerio), cavaban la fosa, dejaban caer en ella a su compañero, y luego regresaban a las fábricas a continuar sus faenas. (Ortiz 1996:178-179).*

En este sentido, ya desde 1554, en la *Recopilación de Indias*, encontramos leyes que hacen referencia a esta situación, como es la disposición de que aquellos que muriesen en los campos distantes de las iglesias fueran enterrados en sagrado y no como *si fueran infieles*:

"Por quanto en algunas partes los esclavos que mueren por los campos lejos de las iglesias se entierran en ellos como si fueran pa-

ganos, rogamos y encargamos a los Prelados de Yndias que para los que mueren distantes de los pueblos o iglesias porque son agravio llebarlos a enterrar a ellas, vendigan un campo en que se entierren, y esto en todas las partes que conviniere" (libro I, tit. XVIII, Ley 2 en León Pinelo, 1992: 255).

Hay que tener en cuenta que las disposiciones coloniales obligaban a bautizar a los esclavos a su llegada a los puertos, de esta manera entraban a formar parte de la Iglesia católica; de la misma forma los religiosos instaban a que los esclavos contrajeran matrimonio entre ellos. Ya desde mediados del siglo XVI se dictan unas ordenanzas donde se regulan los aspectos concernientes al adoctrinamiento de la población esclava:

*Mandamos que todas las personas que tienen esclavos negros, los imbien a cierta hora a la iglesia o monasterio que pareciere mas aparejado para ello, para que allí les sea enseñada la doctrina cristiana, y encargamos de nuestra parte al Prelado de la tal iglesia o monasterio que tenga personas puestas para que les enseñen la dicha doctrina, y rogamos y encargamos a los Arzobispos y Obispos de las nuestras Indias que tengan particular cuydado de la conversión y doctrina de los negros esclavos y mulatos que hubiere en su diócesis para que vivan cristianamente y que se tenga en ello la misma orden que se tiene en la conversión y doctrina de los indios, de manera que por falta de doctrina no reziban daño en sus animas y conciencias y puedan vivir en servicio de Dios, (Libro I, tit. 1, ley 9 en León Pinelo, 1992:76).*

También se regulaba por parte de las autoridades coloniales algunos aspectos básicos que todo propietario de esclavos estaba obligado a cumplir como era el adoctrinamiento de la población esclava a su cargo, el cumplimiento del precepto dominical por parte de los negros y la construcción de capillas para el culto religioso en las haciendas. Es de suponer que el cumplimiento de tales ordenanzas, en muchas ocasiones, dejaría mucho que desear, dependiendo siempre de la voluntad del amo.

Cabe recalcar que la Iglesia no fue contraria a la esclavitud africana, al menos en el período cronológico que nos ocupa. Las mismas dignidades eclesiásticas contaban con esclavos africanos dedicados a su servicio o al de su iglesia; incluso hubo párrocos que se servían de estas personas (Zabala, 2007). Muchas órdenes religiosas compraron esclavos para tener sirvientes en sus iglesias y conventos, colegios, misiones o haciendas (Mallafé, 1973:98). Entre los dueños de esclavos encontramos la más variada y disímil ocupación. Los hubo ricos y no tan ricos, laicos y religiosos, españoles y no españoles. La Iglesia no mostró nunca una oposición contra la esclavitud, al contrario, curas de todos los rangos y niveles, desde el más humilde hasta el obispo tuvieron por esclavos a hombres y mujeres negros o mulatos (Fernández y Negroe, 1995: 52).

De forma que la Iglesia no contestó la existencia de la esclavitud, que era ampliamente aceptada por los teólogos del siglo XVI y, en general, por la sociedad del momento. Tenía la justificación de su existencia en la propia Biblia, tanto en el Antiguo Testamento (libro del Levítico) en que se regulan los derechos de los siervos, como en el Nuevo Testamento.

Por tanto, a la hora de la muerte de la población de ascendencia africana, esclavos o libres, también debía de seguirse el ritual y las prácticas que la iglesia católica imponía. Está claro que tales rituales eran más fáciles de seguir o estaban mejor regulados en ciudades, villas u otros lugares, que contasen con una iglesia y su cementerio correspondiente; tal y como era costumbre en la época, debían ser enterrados en ellos, independientemente de su filiación étnica. Esta situación podía variar si los esclavos trabajaban en haciendas o ingenios azucareros, donde la población africana vivía en barracones dentro de sus recintos. En estos lugares podía darse una segregación racial a la hora de enterrar a los difuntos, destinándose un lugar específico para los esclavos.

Por otra parte, el cumplimiento de las labores pastorales de los eclesiásticos también estaría determinado con el mayor o menor celo que impusieran en el adoctrinamiento de los diferentes estra-

tos sociales y, cómo no, de la mayor o menor cercanía de la feligresía a sus iglesias o parroquias. La lejanía de los centros de trabajo, haciendas o plantaciones donde estuvieran ubicados los esclavos hacía necesaria la presencia de algún sacerdote en los mismos con el coste adicional de manutención y demás para el propietario que no siempre estaría dispuesto a hacer frente. Desde luego, en el caso arriba mencionado, del entierro de un esclavo negro en un ingenio azucarero, no se menciona en ningún momento la existencia de un eclesiástico acompañando al difunto, aunque el lugar estuviera señalado con una cruz y dispuesto como un cementerio, es decir, como lugar sagrado.

## 5.4 A manera de conclusión

En esta investigación hemos privilegiado un acercamiento interdisciplinario que surge de la información aportada por un cementerio multiétnico urbano con ocupación de población africana. Como cementerio en funciones durante la colonia temprana, el camposanto de Campeche comparte características con otros ciruncaribeños coetáneos que siguen las tradiciones cristianas impuestas por los colonizadores españoles. Al mismo tiempo, dicho cementerio es singular por la dimensión multiétnica que presenta. En este trabajo hemos indagado sobre las características bioculturales de las series de restos de población negra analizados y la posible existencia de separación espacial de los lugares de enterramiento étnicamente determinados. Al comparar nuestros resultados con aquellos derivados de otros contextos afro-americanos caribeños detectamos diferencias importantes que expresan una situación relativamente privilegiada de los africanos que murieron en la villa de Campeche. En conjunto, las líneas de investigación aquí desarrolladas trazan una interpretación histórica coherente, informando acerca de la inserción de la población de ascendencia africana en el recién conformado tejido social colonial y las disposiciones seguidas en sus en-

terramientos. Los aspectos culturales, aquí tratados, apuntan hacia la pronta integración de los afro-campechanos en la sociedad del momento, al tiempo que informan sobre las modalidades de dominación y explotación económica urbana de la población africana durante los tiempos de la Colonia.

Esperamos que la visión arqueohistórica que hemos privilegiado en esta investigación pueda aplicarse a otros estudios de este tipo y compararse nuestra información con la obtenida de otros cementerios que contengan restos de africanos, como pueden ser aquellos situados en los barrios donde fueron congregados, tanto en la villa de Campeche como en la ciudad de Mérida, o, en un marco más amplio, en el área circuncaribeña tanto de dominación española como anglosajona, para entender y explicar el fenómeno social tan multifacético como dramático que constituye la diáspora africana en el Nuevo Mundo.

Agradecimientos. Estamos en deuda con las personas del centro INAH Campeche, de la ENAH y de la UADY, quienes nos apoyaron a lo largo de la excavación, limpieza y restauración de las osamentas. A Andrea Cucina por la determinación poblacional a partir de los rasgos dentales y a Douglas Price y su equipo de la Universidad de Wisconsin en Madison por su valioso estudio isotópico de movilidad y lugar de procedencia individual.